

EL MAL DEL SIGLO

I

Montaña y bosque

—¡Ea, muchachos, basta ya de pereza! Este último trago á tu salud, melancólico Eynhardt, profundo soñador, que sabes juntar la obstinación con la sabiduría como nadie lo ha hecho antes que tú más que la burra de Balaam; ¡puedan ser te los átomos ligeros! Y ahora ¡andando!

Entrechocaron alegremente las copas llenas de un límpido Affenthaler; la hostelera recogió, sonriente, el dinero, y la reunión levantóse en tumulto del banco de madera, que cayó rodando con estrépito. La redonda mesa pudo preservarse de la misma suerte, gracias á su construcción; el fabricante había evidentemente previsto que con frecuencia correría el riesgo de perder su centro de gravedad.

El grupo turbulento se componía de cinco á seis jóvenes, que las cintas multicolores de sus gorras, las señales de cuchilladas que surcaban sus frescos rostros llenos de salud y su porte airoso y hasta provocativo, designaban al primer golpe de vista como estudiantes. Volvieron á echarse los

morrales á la espalda, abandonaron el soportal abierto contiguo á la posada, y fueron á reunirse en grupo en la carretera, alrededor del que acababa de hablar, gallardo mocetón de rubia cabellera, de ojos azules sonrientes, cuyo fresco labio sombreaba un bozo naciente.

—¿De modo que te quedas aquí, Eynhardt? ¿No quieres seguir más lejos?—preguntó con un acento que revelaba el habitante de los bordes del Rhin.

—Sí, me quedo aquí—contestó el interpelado.

—¡Un gruñido á este haragán; pero más bien de pena que de enfado!—dijo con voz de mando el mocetón que había hablado.

Lanzaron todos á la vez un triple gruñido, vigoroso, profundo, mientras que el renano llevaba el compás con toda seriedad; un oído poco experimentado no hubiera acaso encontrado en estos sonidos el matiz de sentimientos que se les había exigido; pero el renano pareció satisfecho.

—Pues bien, como quieras. No te obligaremos por la fuerza: la libertad es el bien por excelencia, aunque sea la libertad de hacer tonterías.

—Quizá conoce por aquí una caverna donde establecerá una ermita—insinuó otro del grupo.

—O acaso tenga cita con la «cosa en sí» y le estorbemos—añadió un tercero.

Se rieron todos, y el renano añadió:

—Toma, pues, raíz mientras nosotros continuamos nuestro camino; pero ante todo, sé fiel á tí mismo: no olvides que el universo sólo es apariencia, y por consiguiente, también las morenas muchachas de la Selva Negra. Y ahora, ¡adiós! Acuérdate algunas veces de nosotros, apariencias de hombres que te conservaremos siempre una apariencia de amistad.

Eynhardt les apretó la mano, le abrazaron uno tras otro, agitaron las gorras gritando ¡hurra! y se alejaron de prisa. La parte sentimental de la separación, las canciones y otras palabras la habían efectuado antes de su llegada allí. Se separaron alegremente en la plenitud de su feliz juventud, llena de confianza en el porvenir, sin sentir ni remotamente la melancolía misteriosa que encierra toda separación por un tiempo. Apenas volvieron la espalda, entonaron la canción de la «ballena negra de Ascalón» (1), exagerando la tristeza de la primera parte del aire y la alegría de la segunda. Desaparecieron en un recodo del camino, mientras el rumor de sus canciones continuaba vibrando como un eco cada vez más lejano.

Esta escena, que se desarrollaba una tarde de Agosto de 1869, tenía por teatro la carretera de Hausach á Friberg, precisamente en el sitio en que un sendero bajaba al pueblo de Hornberg, situado en el fondo del valle. Los actores eran jóvenes doctores de Heidelberg, de diferentes Facultades, que se habían reunido para una excursión de vacaciones á través de la Selva Negra meridional, con el fin de descansar, á la sombra de los verdes pinos, de las emociones de los exámenes. Hasta Offenburgo el tren los había llevado prosaicamente, como á vulgares viajeros en vinos; desde allí habían andado al paso de los cazadores canadienses y habían llegado el mismo día á Haslach,

(1) Una composición cómica de las más populares de José Víctor Scheffel, que se encuentra en su colección titulada *Gau-deamus*; y comienza así: «En la ballena negra de Ascalón un hombre bebió tre- días, hasta que, tieso como un palo de escoba, se tendió á lo largo sobre la mesa de mármol».—(N. del T.)

distante cuatro millas á vista de pájaro. Después de un día consagrado al reposo, volvían á ponerse en marcha al cantar el gallo, y á través del delicioso valle de Kinzig y á lo largo de Hausach, llegaban á Hornberg antes del calor. Una muestra formada por pedazos de madera entrelazados encima de la puerta de una posada atrajo su atención, y allí hicieron una larga parada.

El panorama era espléndido: la mitad casi del camino se elevaba en anfiteatro sobre la montaña. Por un lado las copas de los árboles del bosque alzaban algunos cientos de pies más arriba su aguda silueta; por el otro, las cuestas bajaban hasta el ancho valle en que el Guttach, ora rodaba con ruido sobre los guijarros, ya se deslizaba suavemente por las praderas como una balsa de aceite. Abajo se veía Hornberg con sus calles y callejuelas, su imponente plaza Mayor, que rodeaba por una vieja iglesia, varias posadas y algunas hermosas casas con tiendas. La vista podía penetrar en cada patio y casi á través de las chimeneas, y se divisaban, entre otras cosas, los juegos de algunos muchachos que se chapuzaban en la escuela de natación, de que se glorificaba este pueblo culto. Por el otro lado del valle había una alta montaña escarpada, por cuyas vertientes frondosas trepaba un pequeño sendero en zig-zag. La cima la ocupaba un gran edificio agujereado por numerosas ventanas, suspendido verticalmente á mil pies sobre el abismo; la pared enyesada resaltaba con un blanco que cegaba sobre el fondo verde de los pinos y atraía forzosamente la vista desde una gran distancia; una gigantesca inscripción en letras negras rotulaba la casa tan audaz y pintorescamente enclavada allá arriba: «Hotel del Castillo», nombre tomado evidentemente del de una vieja torre en

ruinas que se alzaba inmediatamente detrás del hotel y parecía servirle de apoyo.

Más allá de la montaña aislada que se destacaba en el azul del cielo con su suave contorno de coronas de árboles, se extendían en ondulaciones hasta el extremo horizonte las crestas frondosas de cadenas paralelas, yendo en línea recta del Norte al Sur, como un mar agitado de olas hendidas por profundos valles. Tras la primera línea aparecía una segunda, una tercera, una cuarta, tan lejos como la vista alcanzaba; cada una de un tono cada vez más apagado, recorriendo la escala entera de los colores, desde el verde obscuro al azul, al violado, al gris pálido, el más etéreo, y evaporándose gradualmente desde el tono pronunciado del primer plano hasta el más suave y más vago matiz.

En presencia de este cuadro Eynhardt había declarado no querer ir más lejos: los otros habían resuelto llegar el mismo día á Friberg y no volverse atrás hasta haberse bañado en el lago de Constanza; ante la imposibilidad de hacerle cambiar de resolución, se habían separado y se dirigieron á Friberg, y él bajó á Hornberg para subir la cuesta del otro lado hasta el Hotel del Castillo.

Guillermo Eynhardt era un joven de veinticuatro años, esbelto y delgado, de una belleza notable; los ojos no eran grandes, sino rasgados en forma de almenbra, de un brillo aterciopelado y ligeramente velados, ó mejor dicho, como mirando hacia dentro; las cejas finamente dibujadas hacían resaltar por su negro de ébano el blanco puro de la frente, que coronaban abundantes y naturales rizos negros; las mejillas sonrosadas y los frescos labios tenían todavía el bozo delicado de la adolescencia y no hubieran permitido adivinar su edad.

si una barba negra y sedosa, que jamás tocó la navaja, no los hubiera sombreado un poco.

Era un tipo completamente fuera de lo ordinario, que recordaba de perfil el Antinous y de frente el San Sebastián de Guido Reni del Museo Capitolino; una figura noblemente humana sin un solo rasgo vulgar que hiciera pensar en un resto de animalidad indomada. Su fisonomía tranquila respiraba un fervor sereno ó más bien un desinterés absoluto de las cosas de este mundo, como un reflejo de la sabiduría resignada y de la placidez exenta de pasión que se desarrolla en el país de los Vedas y de las flores de loto. Atraía invenciblemente á quien le veía, y era cosa de preguntarse si esta criatura tan joven y tan hermosa no resultaba demasiado débilmente organizada para la lucha por la vida; en la Universidad, su fisonomía suave y afeminada, la falta de virilidad de su actitud, su horror hacia el tabaco y la bebida, le habían valido que sus compañeros le designasen con el nombre de *Guillermina*. Esta broma anodina se aplicaba no sin razón, si no á su carácter, por lo menos á su aspecto exterior.

Cuando Guillermo entró en el patio del hotel se detuvo un instante para recobrar aliento: á la derecha se encontraba la vasta casa nueva, cuyo muro, en el que se abrían innumerables ventanas que brillaban al sol, le había atraído desde el camino; á la izquierda, la torre redonda, á la cual parecía apoyar una muralla ruinoso de cierta extensión, que daba sombra á un agradable kiosco de cristales abierto y tapizado de madreselvas, cuyo piso, un poco levantado, estaba amueblado con mesas y sillas de extremada sencillez. Varias personas tomaban refrescos, sin duda huéspedes del hotel, que examinaron con curiosidad al recién

venido. El posadero, un fuerte hombretón vestido de labrador y cuya cabeza aparecía precisamente entonces á la entrada de la bodega situada en la torre, salió á su encuentro dándole los buenos días. En su rostro, que orlaba una barba inculta, reían dos ojos azules, que con una sola mirada dirigida á la gorra y al morral del viajero le habían evaluado en su justo valor. Esperó que el joven le dirigiese la palabra.

—¿Puedo tener un cuarto que dé sobre el valle?

—Por ahora no—respondió el posadero con un gutural dialecto alemánico.—No tengo más que un cuarto libre por ese lado y aun eso en el último piso; pero mañana ó pasado habrá muchos viajeros que se marchen, y entonces podré satisfacerle á usted.

Por el rostro de Guillermo pasó una ligera nube de decepción.

—Bueno—dijo al fin—me quedo.

—¿Los equipajes?—preguntó el posadero con su tono breve:

—Depositados en Haslach; mañana mandaré á recogerlos.

—¡Bertha!—gritó el posadero con voz de Estentor, que repercutió en la montaña é hizo reirse á los huéspedes del kiosco, acostumbrados ya á la familiaridad de aquel hombre.

Una robusta muchacha apareció en la puerta de entrada más elevada de unos cuantos escalones que el piso de la habitación.

—Número 47—la mandó el posadero, yendo á ocuparse de otros asuntos.

Bertha condujo al viajero por una escalera de madera sin alfombra y un largo corredor, á un cuarto del tercer piso con una sola ventana. El

cuarto era claro y limpio, pero sólo tenía los muebles estrictamente necesarios; la muchacha puso á Guillermo al corriente de las costumbres de la casa, le llevó agua y le dejó solo; Guillermo entonces colgó su morral en un clavo, abrió la ventanilla de pestillo antediluviano y examinó los alrededores. A sus pies estaba la plaza en que se encontraba un momento antes; á la izquierda la torre, y por encima del muro ruinoso el antiguo patio del castillo lleno de escombros y de hierbas silvestres, cuadro desolador de destrucción y de abandono.

—He caído bien—se dijo Guillermo.

Le gustaba la soledad y se prometía horas llenas de encanto en medio de las ruinas, sin más compañía que las plantas parásitas, los insectos y los pájaros. Se entretuvo apenas el tiempo de refrescarse y cambiar sus gruesos zapatos de turista por otros más ligeros, y bajó de prisa con objeto de reconocer el viejo patio; anduvo un buen rato antes de encontrar en el muro una brecha que le dejara sitio para deslizarse, y se encontró en un espacio cuadrado bastante largo, cuyo suelo hundido no era sino una serie de escombros, de montículos y de grietas; un bosque, cuyas semillas había arrastrado el aire, le cubría en gran parte; las malezas y las zarzas se entrelazaban aplastándose recíprocamente; aquí y allá grandes pinos, robles achaparrados, hayas elevadas, más espesos por el lado del Oeste y del Sur, en montones resquebrajados, roídos por el tiempo, sobre los que crecían altas hierbas y flores multicolores. Tropezando y desliziéndose, trataba de abrirse un camino á través de este sitio salvaje, que quería recorrer en todos los sentidos, con el fin de descubrir un rincón tranquilo, al que volvería con frecuencia. De pronto llegó á una rápida cuesta abajo oculta por

un espeso manto de follaje, y en seguida sintió que el suelo le faltaba; de instinto se agarró á una rama, arañándose los dedos con las espinas, rompió algunas ramitas y rodó arrastrando una avalancha de tierra, de musgo y de guijarros, desde una altura de doce pies por lo menos hasta un fértil prado. A su lado resonó un ligero grito; una forma femenina se irguió súbitamente y con acento ansioso le preguntó:

—¿Se ha hecho usted daño?

Guillermo se levantó lo más pronto que pudo, se sacudió el polvo de la ropa y, bajándose para recoger su gorra, respondió:

—Gracias, no es nada, una torpeza mía; ¿le habré asustado á usted sin duda?—añadió.

—Un poco; pero ya ha pasado.

Entonces se miraron, y la dama rompió á reír mientras que Guillermo se ponía colorado; callóse ella en seguida, se ruborizó á su vez y bajó los ojos. Era una joven en todo el brillo de la juventud, con un talle excepcionalmente delicado y airoso; su rostro, de rasgos finos, debía á dos encantadores hoyuelos una apariencia de malicia que no desmentían dos grandes negros ojos chispeantes de alegría. Bajo la piel aterciopelada de sus mejillas redondas y coloreadas circulaba una sangre rica y sana, que se adivinaba también en la voluptuosidad de sus labios encantadores algo abultados; la frente abierta, coronada por una espesa cabellera ondulada, negra, con reflejos de oro, que, según la moda de entonces, caía hacia atrás en largas trenzas. Llevaba por todo adorno un aro de oro mate en los cabellos y vestía un sencillo traje de paño claro, con florecitas, cuya cintura muy alta daba realce á su busto de virgen.

La educación no tardó en recobrar sus dere-

chos sobre la familiaridad, con la cual había acogido al joven que le caía tan bruscamente del cielo, y se turbó ligeramente al encontrarse sin más ceremonias en conversación con un extraño.

Guillermo lo comprendió y participó de su turbación; quiso salir de ella, é inclinándose ante la graciosa desconocida, le dijo:

—Como sin duda somos vecinos, permítame usted que me presente: me llamo Guillermo Eynhardt, soy de Berlín y hace una hora que habito en el Hotel del Castillo.

—¡De Berlín!—exclamó con viveza la joven, sin nombrarse ella por su parte.—¿De modo que, paisanos? ¡Qué alegría! Y con su permiso, ¿dónde vive usted en Berlín?

—Calle Dorotea, señorita.

—Naturalmente—repuso ella.

Y una sonrisa maliciosa hundió más todavía los hoyuelos de su boca.

—¿Cómo es eso?—preguntó Guillermo algo sorprendido.

—Pues, claro está, es nuestro barrio latino. Y como estudiante, porque usted lo es, ¿no es cierto?...

—Sí y no, señorita. En el sentido alemán ya no lo soy, puesto que hace un año tengo el grado de doctor; pero encuentro más hermosa y más exacta la locución inglesa que dice estudiante, cuando nosotros, pretenciosos, decimos sabio; siempre somos gente que aprende y nunca gentes que saben. Según el sentido inglés, yo no soy más que un estudiante y espero serlo toda mi vida.

—¡Ah! ¡Habla usted inglés!—replicó ella sin retener de este discurso más que la parte accesoria.—¡Qué delicia! Me gusta mucho el inglés y estoy muy habituada á hablarlo; he pasado una gran

parte de mi juventud en Inglaterra y hasta hay quien pretende que tengo en alemán un ligero acento inglés. Y á usted ¿se lo parece también?

—Mi oído no está acaso bastante ejercitado para eso—dijo Guillermo en tono de excusa.

—Mis amigas—continuó ella en inglés—hablan siempre en francés, pero yo encuentro el inglés mucho más distinguido; en un alemán, la facilidad para hablar inglés es siempre un indicio de buena educación, ¿no es verdad?

—No siempre—dijo Guillermo en alemán;—eso puede también atestiguar sencillamente que ha recorrido América como trabajador manual.

La linda joven hizo un ligero mohín á esta observación de un estilo poco noble; pero él continuó:

—Con su permiso, señorita, me atenderé á la lengua patria. Conversar con una compatriota en un idioma extranjero, sin tener obligación, me parecería un disfraz de pensamiento y me sería penoso.

—Encuentro un pequeño disfraz muy divertido—repuso ella;—pero, como usted quiera. La ocasión de hablar inglés no falta aquí; los viajeros del hotel son en su mayor parte ingleses; sin duda lo habrá usted notado. Desgraciadamente no es la buena especie; gentes vulgares de la *City*, que hasta dejan caer las *hh*, pero que en el continente se las echan de lores; á mí no se me hace tomar un *snob* por un *gentleman*; estoy demasiado al corriente.

Guillermo se sonrió del aire de superioridad con que había dicho esto; su mirada se perdió con admiración en la opulencia de su cabellera, en las líneas armoniosas de su esbelta garganta y en la curva de sus redondeados hombros, mientras que ella, recobrada ya la calma, se sentaba de nuevo

en el sitio que ocupaba antes del incidente sobre un pedazo de granito que una espesa capa de musgo había cambiado en blando asiento á medias oculto bajo un palio de follaje. Delante se hallaba un rincón del patio del castillo, formando un tapiz de esmeralda, y de frente, en el muro, un gran agujero que servía de marco á un paisaje variado como un cuadro pintado por un maestro. La joven había tratado de copiar esta perspectiva en un álbum que había quedado abierto.

—Ha escogido usted el original del croquis con un gran sentido de las bellezas de la Naturaleza— le dijo Guillermo.—¿Me permite usted echar una ojeada sobre el papel?

—¡Oh!—dijo ella algo turbada—la voluntad es buena; ¡pero me doy tan poca maña!

Y con gesto tímido le tendió el álbum. Tomóle Guillermo y se apoderó del lápiz, mirando ya las montañas, ya el croquis, y sin pedir siquiera el permiso, comenzó á corregir, dando primero un toque aquí y allá para acentuar una línea, aligerar un contorno; luego, apoderándose de él el ardor del trabajo, cogió la goma, sombreó, borró, dando más relieve al primer plano, más aire al fondo, y en un instante dejó terminado un dibujo verdaderamente hermoso y lleno de efecto.

La joven había seguido sus movimientos con admiración, y cuando le devolvió el álbum, le dijo:

—¡Pero es usted un gran artista!

Y sin darle tiempo de protestar, y modestamente, continuó:

—Además, le habría tomado á usted más bien por un artista que por un estudiante; en verdad, no tiene usted el aspecto de un estudiante, ni siquiera de un alemán. Con frecuencia he encontrado en la sociedad de Londres un príncipe indio con

el cual tiene usted algún parecido. Es lo que me ha llamado la atención al verle á usted.

Guillermo se sonrió.

—Señorita, esas observaciones tienen un fondo de verdad, aunque su amabilidad de usted las exagera. No soy un gran artista, ni siquiera artista á secas; es verdad que he dibujado y aun pintado mucho, y mi primera intención fué dedicarme á la carrera artística. Si no tengo nada de común con los príncipes indios, puesto que soy sencillamente un alemán del origen más plebeyo, sin embargo, pudiera ser que tuviese una gota de sangre india en las venas.

—¿Lo ve usted?—dijo ella con curiosidad.

—Sí; mi madre era una rusa-alemana de Moscou y su padre, un emigrado de la Turingia, se había casado con una joven que se decía que era descendiente de las Tziganas de Moscou. Por esta abuela mía, que ni siquiera he conocido, tendría, pues, parentesco lejano con los indios, aunque á la verdad sólo con los parias. Pero usted, señorita, con esos hermosos ojos y esas cejas oscuras, tampoco tiene usted el aspecto de una alemana.

No tomó ella á mal ese cumplido algo familiar y respondió con viveza:

—Se explica fácilmente: del mismo modo que usted tiene sangre india en las venas, yo tengo sangre francesa. La madre de mi padre, una doncella del Vinache, era de la *colonia* (1).

Hablaron como antiguos amigos, y el asunto de su conversación que les obligaba á mirarse y á ocuparse recíprocamente de ellos mismos, aproxi-

(1) Llamau en Alemania *colonia* á los descendientes de los protestantes franceses emigrados á consecuencia de la revocación del edicto de Nantes.—(N. del T.).

maba sus espíritus como el banco de musgo acercaba sus cuerpos. Jóvenes ambos y hermosos como eran, sentían fundirse como por milagro en el profundo encanto que les atraía al uno hacia el otro, la frialdad inevitable entre extraños. Fué necesaria la aparición de una doncella, que atravesó la brecha del muro, para recordarles que apenas media hora antes ignoraban mutuamente su existencia; la recién llegada se detuvo confusa al verlos; la joven se levantó con cierta precipitación, y salió á su encuentro; la doncella echó sobre los hombros de su ama una mantilla que había llevado y la desembarazó del álbum, sombrilla y del sombrero de paja de anchas alas.

—¿Tan tarde ya?—preguntó la joven con una cándida sorpresa, que no supo interpretar la modestia de Guillermo.

—Ya lo creo, señorita—replicó la doncella extendiendo la mano hacia las montañas, cuyas cimas comenzaban á cubrirse de un resplandor anaranjado; al mismo tiempo sus ojos iban alternativamente de su ama al extranjero, cuya belleza notó en seguida.

—¿Piensa usted, pues, vivir aquí algún tiempo?—preguntó la joven á Guillermo, que le seguía confuso.

—Sin duda—respondió con viveza.

—En ese caso nos haremos amigos; conocerá usted á mis padres. Todavía no le he dicho á usted que mi padre es el señor Ellrich.

Inclinóse Guillermo sin que este nombre pareciese producirle gran impresión, y entonces dijo ella elevando un poco la voz:

—Creía que como berlinés, conocería usted el nombre de mi padre, consejero íntimo de comercio y vicepresidente del Banco Marítimo.

El nombre y el título dejaron á Guillermo tan frío como antes; sin embargo, por cortesía articuló un ¡ah! que satisfizo á la señorita Ellrich. Abandonaron las ruinas por un cómodo sendero que Guillermo no había aún visto, y llegaron juntos hasta la puerta del hotel, en donde se despidió ella con un encantador saludo inclinando la cabeza.

Pensativo Guillermo, subió á su cuarto, y mientras recordaba la imagen de la joven y el timbre claro de su voz, reflexionó hasta qué punto era deudor al azar por haber no sólo trabado conocimiento con ella, sino por haberle ayudado á vencer gloriosamente las fastidiosas formalidades de una primera entrevista, porque se conocía y sabía lo poco capaz que era de entablar relaciones de sociedad y lo poco verosímil que sin su caída hubiera entrado en relación con la señorita Ellrich.

Durante la cena, que cada cual tomaba á la hora que quería y en mesas separadas, Guillermo permaneció pensativo y distraído, sin prestar ninguna atención al comedor espacioso y desnudo, cuyo único adorno, fuera de los retratos en litografía del Gran Duque y de la Gran Duquesa de Baden, era el magnífico panorama que se veía á través de seis inmensas ventanas del valle de Gutach con el pueblo de Hornberg y la cadena de montañas. Tampoco se ocupó de los comensales de las otras mesas, todos bastante taciturnos, entre los cuales dominaba, en efecto, el elemento inglés. Había bajado de propósito un poco tarde, en la esperanza de que la señorita Ellrich estaría ya allí; pero todavía no estaba. No fué, sin embargo, larga la espera: un mozo de frac abrió respetuosamente la puerta y apareció la joven, acompañada por un señor de aspecto imponente, que daba el brazo á una señora muy ecrpulta. Estas gentes parecían

ocupar en la estima de los domésticos un sitio eminente, puesto que á su entrada el *maitre d'hotel* y su segundo se precipitaron á su encuentro con grandes reverencias para desembarazarles de los abrigos y acompañarles á una mesa; Guillermo, que tenía poca práctica de los usos del buen tono, se hallaba ligeramente indeciso. ¿Debía adelantarse hacia la señorita? De seguir su impulso lo hubiera hecho así; pero, ¿y sus padres? Una modesta espera le parecía oportuna con respecto á ellos. Felizmente se arregló todo lo mejor posible. Los Ellrich tuvieron que pasar por cerca de su mesa. Guillermo se levantó y se inclinó profundamente ante su bonita conocida, que lo había visto desde el dintel; respondió ella á su saludo sonriente y ruborosa; el padre se detuvo también é hizo un saludo benévolo con la cabeza: el hielo estaba roto. Guillermo se presentó; el consejero íntimo de comercio le tendió el extremo de los dedos de la mano derecha y dijo:

—Si usted no tuviera inconveniente, nos sentaríamos á su mesa.

La señora consejera íntima, que miraba á Guillermo con sorpresa, apenas disimulada á través de unos lentes de oro, sentóse á su lado; del otro lado se sentó el marido y enfrente le sonreía el gracioso rostro de la joven.

El consejero era un hombre de cincuenta años, bien conservado, alto, vestido con un elegante traje gris de viaje, con una corbata de seda gris clara adornada con un alfiler de enorme perla negra. El pelo corto, poco abundante y completamente ausente en el vértice de la cabeza; en su barba, cuidadosamente afeitada en la barbilla, dominaba el gris, así como en su bigote, que llevaba natural; los ojos, de un azul pálido, tenían una mirada fría y

algo cansada; en las comisuras de los labios se veían rasgos pronunciados de fatiga; todo su sér expresaba esa mezcla de suficiencia y de indiferencia hacia los demás, que la lacayería toma de buena fe como si fuera distinción. La señora consejera, gruesa, frescachona, flemática, parecía una buena señora sin ser precisamente un espíritu brillante. El principio trivial de la conversación giró sobre las circunstancias en que Guillermo había encontrado á la señorita Ellrich, sobre las bellezas del sitio que el señor Ellrich alababa porque todavía no era demasiado frecuentado por la gente.

—Lo recomendaría á las gentes que necesitan descanso—dijo—mejor que Suiza con su infernal barullo.

Guillermo opinaba lo mismo. Contó cómo el aspecto novelesco de la casa le había hecho renunciar á otros proyectos de viajes y echar allí el ancla. Preguntado, dió datos de Heidelberg y de los compañeros que habían hecho con él la caminata hasta Hornberg. Algunas frases de cumplido de la señora Ellrich acerca de su talento de dibujante, que él declinó modestamente, suscitaron una interrogación. ¿Por qué no había seguido la carrera artística?

—Es un capítulo aparte de mi desarrollo interior—respondió Guillermo pensativo;—ya en el liceo dibujaba y pintaba con gran afición y después de mi examen de salida continué asistiendo á la Academia de Bellas Artes, donde pasé dos años. Pero cuanto más penetraba la historia del arte y cuanto más estudiaba sus diferentes períodos, más echaba de ver que la sola cosa que da un valor duradero á una obra de arte es la ciega imitación de la Naturaleza. Ciertas particularidades personales del pintor gustan á veces á sus contemporáneos; le

exalta la moda si se anticipa al gusto del día; pero la nueva generación se burla de los que la precedente ha admirado, y precisamente lo que los contemporáneos han alabado como una innovación y un progreso se considera como un error por los que vienen después. Lo que el artista ha añadido de su cosecha, lo que se llama concepción personal, es decir, sus modificaciones voluntarias, su interpretación propia de la Naturaleza, todo eso muere; pero lo que eternamente vive es lo que ha hecho sencilla y concienzudamente tal como lo ha visto en la realidad, y los tiempos futuros más lejanos saludarán con alborozo en su obra de arte la vieja amiga, la Naturaleza eternamente inmutable.

La señorita Ellrich le admiraba, pendiente de sus palabras, mientras que sus padres comían tranquilamente unas truchas.

—Yo también—continuó Guillermo dirigiéndose sobre todo á la que estaba enfrente—he tratado, ya al dibujar, ya al pintar, de expresar la Naturaleza en toda su verdad; pero experimentaba el sentimiento de copiar un texto en una lengua que no entendía yo mismo; la forma con todos sus detalles, con frecuencia fútiles en apariencia, me parece ser la expresión misma de la esencia de las cosas, que permanecía para mí oculta; se desesperaba en mí el deseo de no reducirme á lo exterior de la Naturaleza, de saber por qué es así y no de otro modo; quería aprender la lengua cuyas palabras copiaba servilmente sin entender el sentido, y de este modo me he vuelto hacia las ciencias naturales.

—No ha perdido usted sus dos años en la Academia de Bellas Artes—observó el señor Ellrich.

—Ciertamente, para un naturalista es precioso

tener una vista ejercitada, que se penetre segura y exactamente de las formas y de los colores.

—Sí, y además el dibujo y la pintura son talentos que ayudan á un joven distinguido en la buena sociedad.

—Tocar el piano y cantar le ayudan más todavía—insinuó la señora Ellrich.

—Pero sobre todo, el baile—exclamó alegremente la señorita Ellrich.—¿Seguramente sabrá usted bailar?

—No, señorita—respondió Guillermo.

Se hallaba contrariado; reinó por un momento el silencio, interrumpido por esta pregunta del consejero:

—¿Es usted, pues, doctor en ciencias naturales?

—Sí, señor consejero.

—¿Cuál es su facultad especial: zoología, botánica?

—He estudiado sobre todo química y física, y me propongo dedicarme por entero á esta última.

—¿Física?... ¡Ya! hermoso y vasto terreno. Hay en eso todavía mucho por hacer: electricidad, magnetismo, galvanismo, son fuerzas nuevas poco conocidas é insuficientemente explotadas en la telegrafía submarina, la galvanoplastia, etc.

—Ese aspecto, de la cuestión me ha preocupado poco hasta aquí; he pedido á la física explicaciones sobre la naturaleza de las cosas; pero ya es algo saber sobre qué base experimental débil y movetiza se han establecido nuestros famosos conocimientos de la substancia del mundo, de la fuerza, de la materia y de sus propiedades. Sirve de cierta satisfacción el encontrarse en la vanguardia de la humanidad en su perpetua marcha hacia lo desconocido.